

# Cinco lorzas metafísicas



Las lorzas son adiposidades que cuelgan del cuerpo de alguien gordo, como si no formasen verdaderamente parte de él. Entidades *añadidas* que avergüenzan a algunos, por sentirlas ajenas, y que a otros nos enorgullecen, porque sabemos que sí que son nuestras. A veces, un beso en las lorzas es la prueba más irrefutable de amor verdadero, de un amor que te quiere por encima de las convenciones sociales que estipulan que los cuerpos válidos no deberían tenerlas.

Como gorda, entiendo que las lorzas tienen un gran peso, no solo literalmente, sino también en el plano metafísico, y por eso he decidido dedicarles los cinco grandes bloques que vertebran este ensayo, al que quizás también podríamos denominar *ensayo de ensayo*, al no ser yo una filósofa encriptada que escribe para sí misma, en términos solo descifrables para la élite del pensamiento, sino una escritora que *filosofea* sobre el cuerpo para llegar al mayor público posible.

Las lorzas de *Cinco lorzas metafísicas* hablan de sexo, drogas, redes sociales, arte y salud mental, pero no están totalmente definidas, por eso son lorzas y no abdominales. Soy más de dudar que de hacer *burpees*; mi pensamiento es fluido. No se pueden encasillar las ideas porque se entrelazan continuamente. Se trata de una metafísica para tallas grandes. Nos gusta ir cómodas con las ideas incómodas.

Si tu única meta en la vida es hacer *hauls* de Zara, mejor que te compres el nuevo libro de tu *youtuber* favorito, dejes este en la estantería y te alejes de él haciendo el *moonwalk*.

## Primera lorza

Cuando se habla de culto al cuerpo solemos referirnos al aspecto exterior, a la voluntad de que, desde fuera, los otros perciban un físico trabajado, que se note todo el tiempo que esa persona pasa muchas horas en el gimnasio, aunque sea a costa de relegar el entrenamiento del cerebro a un segundo o tercer plano. Y es que a la mayoría de la gente le preocupa mucho más la *portada* que el interior —bien es cierto que los cuidados de ambas cosas pueden ir unidos, pero, por desgracia, no siempre es así.

A menudo se olvida que el deporte es una droga como cualquier otra, que engancha gracias a las endorfinas que producimos al practicarlo, unas sustancias que son, básicamente, opiáceos cuyo efecto nos hace sentir bien. No solo eso: el culto al cuerpo lleva a algunos supuestos deportistas a forzar el perfeccionamiento de su apariencia exterior mediante la ingesta de esteroides y anabolizantes, sin importarles que, a cambio, esos productos empeoren la salud interior. Pero nuestro cuerpo no es solo lo

que proyectamos ante otras miradas, sino también los órganos internos, cuyo bienestar demasiadas veces olvidamos en pro de alcanzar aquello que algunos han determinado que sea el ideal de *belleza*.

Frente a esa idea mayoritaria, para definir la belleza me siento muy cercana al concepto griego *Kalos kai agathos*, que aúna los términos de *belleza* y *bondad* y con ello no solo se refiere a ser bondadoso con los demás, sino también con uno mismo, algo que no hacen quienes tratan su cuerpo de los modos que acabo de describir. Pero tampoco voy a ser una hipócrita al respecto, porque confieso que yo he consumido otro tipo de drogas en mi vida, drogas que me han hecho mucho daño tanto física como emocionalmente. Aunque me lo han hecho pasar muy bien. Recuerdo que un día, en una sesión de terapia, la psicóloga me preguntó sin el más mínimo tacto si consumía drogas para adelgazar. La pregunta me sorprendió mucho, sobre todo porque en aquella época no me consideraba una persona gorda. El caso es que le contesté que no, que solo las tomaba porque me gustaba ponerme bien ciega.

Sin embargo, como sabemos, y yo ya sabía entonces, todas las drogas hacen daño. En primer lugar, golpean el hígado —que, como no nos lo vemos ni sabemos para qué sirve, nos da un poco igual—, pero también cercenan muchas otras partes

del cuerpo. Por ejemplo, entre drogadictos, esnifar se considera una cosa liviana que casi ni se toma en serio en comparación con otras prácticas más duras, cuando en realidad es una acción que, además de atacar directamente al tabique nasal, se realiza en una zona tan cercana al cerebro que, si los cocainómanos se parasen un segundo a pensarlo, la mayoría no la haría. Por desgracia, aparentemente el cerebro es otro órgano casi tan olvidado como el hígado. Todos sabemos que tenemos uno, claro, pero muchas personas no alcanzan a valorar que forma parte de su cuerpo y puede ser dañado y destruido.

Tampoco parece que tengamos demasiado en mente el bienestar de nuestros pulmones cuando nos dedicamos a matarlos cigarrillo a cigarrillo, con cada calada de un chino, una base o un pipazo, tal vez porque su gran resistencia nos permite respirar más o menos con normalidad mientras somos jóvenes, salvo quizás al subir una de esas cuestas que los llevan al límite su rendimiento. Ahora recuerdo, o no sé si decir que fue un sueño, la imagen del escritor Terenci Moix, ya moribundo en el hospital, sacándose la máscara de oxígeno para darle una calada a un cigarrillo. Sé que la escena puede parecer una aberración, pero para mí constituyó una imagen hermosísima, por su cariz romántico. Si yo me viese en la misma disyuntiva que Moix —eso sí, mi enfermedad debería ser la tuberculosis, que es de lo

que siempre he ansiado morir—, también escogería fumar, aunque luego tosiera sangre en un pañuelito de algodón egipcio con primulas de encaje.

Inyectarse estupefacientes como la heroína en las venas es otra forma bien bonita de hacer daño al cuerpito. Hay muchas personas que aseguraban tenerle miedo a las agujas hasta que de pronto se vieron rodeadas de colegas que se pinchaban, y lo probaron. Mi madre siempre me dice —parezco Forrest Gump— que conviene andarse con cuidado al escoger tus relaciones y amistades, porque existe el riesgo de acabar normalizando actitudes que en realidad no son nada normales. Chutarse drogas duras puede ser el día a día de alguien, pero eso no hace que deje de suponer un daño directísimo al propio cuerpo, sobre todo a causa de su ilegalidad: puesto que el Estado no ejerce ningún control sobre su calidad o pureza, consumirlas se convierte en una ruleta rusa. Además, la mayoría de los yonkis no manejan ni los más básicos conceptos de anatomía humana, ya no digamos de sanidad, por lo que al drogarse cometen verdaderas aberraciones contra sí mismos, impulsados en parte por la ignorancia y en parte por la desesperación. He visto brazos con abscesos más profundos que la mirada que te devuelve el abismo, y una vez incluso contemplé una muñeca atravesada por un agujero tan grande que parecía que el mismo Cristo hubiese descendido de la cruz



y se hubiese sacado uno de los clavos allí mismo. Imaginad cuán enorme ha de ser el dolor emocional que siente una persona para autoimponerse un daño físico de tal calibre.

¿Qué lleva a alguien a agredir a su cuerpo drogándose? Los motivos son variados: a menudo la persona empieza a consumir arrastrada por el entorno y después aumenta paulatinamente las dosis para conseguir que la droga pegue cada vez más. Pero hay otro factor importante, y es que la pura estética del proceso y la cultura forjada a su alrededor en el cine, la música o la literatura también facilitan el enganche. Así, existen un montón de películas que exhiben este tipo de inyecciones en primeros planos tan detallistas que, al verlos, un drogodependiente o exdrogodependiente casi puede degustar el sabor amargo de la droga en la boca. Ver tu propio brazo apretado por un cinturón es una imagen cuya crudeza tiene el poder de atrapar la fantasía de algunos. De hecho, es lo último que muchos han visto antes de morir, y quizá gracias a eso hayan logrado descansar en paz al fin.

Recuerdo una prostituta de poco más de veinte años que se metió a inyectarse porque, para ella, preparar los chutes era algo parecido a jugar a las cocinitas de la Barbie. Su piel era muy blanca y, como por la mañana trabajaba en una gestoría, tenía que ir de manga larga hasta en verano. Sus brazos estaban